

**LA LUZ
QUE NO NOMBRO**

Francisco Sánchez Arenas

**LA LUZ
QUE NO NOMBRE**

ESDR  **JULA**
EDICIONES

{COLECCIÓN **DIÁSTOLE**}

Primera edición, enero 2024

© Francisco Sánchez Arenas, 2024

© Esdrújula Ediciones, 2024

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Ilustración de portada: José Emiliano Rodríguez Amador

Maquetación: Carmen Álvarez

Impresión: Gami

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 57-2024

ISBN: 978-84-127978-5-5

Impreso en España · Printed in Spain

A M^a José, mis ojos limpios, mi amor.

A M^a José, Carmen y Laura, la luz de mis días.

A Pepe Benigno, mi padre, y a Fina, mi madre,
refugio y motor de mi historia.

Prólogo

La niebla

o la luz oculta en los pliegues de la memoria

*Soportar nuestra parte de noche
nuestra parte de amanecer.*

EMILY DICKINSON

La primera vez que vi a Francisco Sánchez fue en una sala en la que iba apilando en una mesa un puñado de diccionarios de latín. Durante unas semanas pensé que me encontraba ante el profesor de latín de mi nuevo trabajo, hasta que una mañana descubrí que era profesor de física. Luego se fue trabando una bella amistad. En ella, y ya en las postrimerías de la década pasada, prendió su amor a la poesía como lector infatigable y como poeta. Sé que se ha dicho muchas veces, pero comparto que no es fácil escribir acerca de la obra de alguien que es tu amigo.

La amistad empezó en aquellas tardes de trabajo y sueños; estos y aquellos se fueron entrelazando hasta que empezamos a llamarnos amigos. Nos gustaba debatir e intercambiar nuestras diferencias; a veces nacía en nosotros el desencuentro que, rara vez, duraba más de una semana. Como explicara G. Deleuze cuando se refería al deseo, en el caso de Francisco Sánchez el deseo de poesía no será exclusivamente un deseo del objeto, o del género poético, o de la literatura, no, su deseo, como todo el deseo, está inserto en un territorio y en un tiempo, concretos. No es aquí el sitio adecuado para alargarnos en cuanto a esto.

Solo diré que muchas cosas estaban cambiando en el mundo: la impotencia para la transformación social, la velocidad y el estrés insertos en la producción de la subjetividad, la autoexplotación como nueva ideología de la libertad, la competitividad de todos contra todos, entre otras señales, ponían un punto de agotamiento en nuestro relato, compartido desde lugares distintos, de juventud. En cuanto al territorio parecía claro que estaba dado por nuestro trabajo y nuestra vocación. Y este era el colegio de los Escolapios junto al río Genil, donde él se había criado. Ahí, en ese contexto, estábamos organizando el deseo de creatividad, de teatro, pintura, de música y de poesía.

Empezaré por introducir los temas que configuran este poemario. Temas que aparecen entrelazados y con múltiples acoples y desacoples entre sí. Destaca la sombra como territorio pantanoso donde no entra apenas la luz —aquí es obvia la relación con el arquetipo junguiano—. También la casa a la que poder volver, pero desde la que se hace difícil poder salir —conviene recordar aquí la ligazón con G. Bachelard cuando en su obra *Poética del espacio* escribió: «Sólo por su luz la casa es humana. Ve como un hombre. Es un ojo abierto a la noche»—. Otro tema es el desencuentro con los otros y con el mundo, que a su vez nombra un antagonismo invivible en el deseo del yo poético; y un cuarto tema eje es el de la realización de un ejercicio poético y personal para aprehender lo que ocurre bajo la piel de lo que se repite: el desgaste que sobreviene cuando las miradas personales debilitan la invención de lugares nuevos donde se dé el encuentro. Estos cuatro temas atraviesan de arriba abajo y de izquierda a derecha el libro

que tienes entre las manos. En el centro, pero multiplicado y diseminado en todos los sonetos del libro, el tema molecular que genera la toma de conciencia de los desequilibrios en la potencia de vida, y este no puede ser otro que la niebla, término que procede de la palabra latina *nebula* y que significa bruma o concentración de gotas que dificulta la visión.

Entrevemos en esta propuesta poética, las trabazones sociales, las intenciones más elevadas de juventud, las promesas que fueron irrenunciables, y que, sorpresivamente, están cubiertas de niebla para, con suerte, poder pasar por el angosto ojo de la aguja de la luz trémula del conocimiento de uno mismo. Si podemos afirmar que este libro porta una poesía de y para el encuentro, es porque, previamente, el autor ha debido de tomar nota de la cantidad de niebla disponible en toda propuesta de reunión y proyecto humanos.

Nos remontaremos a la primera escritura poética de Francisco Sánchez que supuso su estreno en verso libre. En un buen puñado de poemas hacía un recorrido por los espacios cotidianos, tanto del alma como del afuera de la realidad, y las sombras que acompañan toda vivencia humana. En uno de aquellos poemas, titulado *Nublado*, escribió: «He mirado el cielo nublado por la ventana / (...) y ya no puedo huir de la sentencia / que me alcanza». Luego llegarían los sonetos que, finalmente, han tomado este cuerpo de libro. Como veremos, también en este poemario se profundiza en un pensamiento de las sombras que circundan los vínculos humanos. Por ejemplo, en el poema *Desgarro* la consciencia de que el ahora no puede ser lo mismo que fue,

conduce al poeta a concluir que el desequilibrio interno nos coloca en la aceptación del presentimiento triste de que «todo fue un espejismo».

Este poemario está estructurado en cuatro partes con catorce sonetos cada una. (Como se sabe, Carlos V e Isabel de Portugal se casaron en la primavera de 1526 en Sevilla. Por cierto, el 14 de mayo viajaron para Granada. Pues bien, en estos encuentros estuvieron el embajador de Venecia, Navagero y los poetas Juan Boscán y Garcilaso de la Vega. El primero comentó el éxito del soneto en Italia y animó a Boscán y Garcilaso a introducirlo en España). Volviendo a la estructura externa de *La luz que no nombro*, la primera de las cuatro partes tiene por título *Sombra*, la segunda *Destierro*, la tercera *Lluvia* y, por último, la cuarta parte *Ventana*. Además, hay una quinta parte que, a modo de epílogo, está compuesta por cuatro poemas, *La otra luz*, *Erosión*, *El reloj viene tarde* y *La luz que no nombro*, referidos a cada una de las partes anteriores.

Haré un esbozo crítico de cada una de ellas, pero me centraré en algunos sonetos que pueden ser muestras pequeñas del universo mayor que late en *La luz que no nombro*. La primera parte comienza con la niebla como entraña clausurada de todo lo que el sujeto poético puede alcanzar a escribir. La niebla es parte de la sombra, como *la luz errada*, *la soledad honda*, *la luz que se pierde*, en fin, el autoengaño y el deseo de dominio egoico cuando es uno el que enciende la luz en lo oscuro. En realidad, si la luz se nombra ya no es la luz. Por otra parte, no quedan testigos, al menos el poeta no los ve, y eso es terrible porque sin testigos no hay nada y «la sombra campa a su antojo».

La vida se muestra así bajo el yugo del nublado. Termina esta parte con una vuelta a noviembre, aunque ahora empieza a ser otro noviembre menos duro, menos en sombra. Con todo, afirma el poeta, en el destierro es complejo *mostrar la sombra herida*. En la segunda parte poemas como *Desgarro*, enseñan que la consciencia de que todo se pierde es demasiado dolorosa, porque ni contarnos lo que ya nos sabemos es suficiente ni quedarnos a vivir en la herida nos posibilita decirnos, y ello se traduce en que el poeta puede reconocer en un poema a la amistad, titulado *Espera*, que hay pliegues de la realidad a los que la luz, aun flotando, para nosotros es tiniebla. Aunque hasta en las peores contiendas puede aparecer una senda que se torne en cerradura (con su doble sentido, tanto para cerrar como para abrir). El yo que se construye en los poemas *Frágil escenario* y el siguiente *Sol de justicia* señalan la cima de esta parte, pues la niebla insiste y queda escasa memoria de la luz que alguna vez fue un sueño. Finalmente el yo que se yergue *fuerte en su miedo* se reconcilia a través de la amistad y de la aceptación. Parece que al fin se puede perder el rumbo desde el caminar a solas del alma, sin lugar ni ruta cierta, y quedarse, sin disfraces, en las orillas del vacío.

La lluvia, así se llama esta tercera parte de *La luz que no nombro*, limpia las sombras y nos hace más cercanos al entorno, a los demás y a nosotros mismos. Tal es la fuerza de las preguntas creadoras que solo pueden hacerse cuando florece la voz sin artificios, la que nace dentro, la voz desnuda de artificios. Y mientras tanto, en medio de estos sonetos que caen en nuestros ojos como llovizna, se resbalan las preguntas: «Qué noche

vencerá la incertidumbre», o en el soneto *El nombre del suelo*, en el que aparecen los desmanes de que es capaz este nombre —si bien la pregunta por el nombre queda en el aire, pues no podemos saberlo—. O, qué queda por hacer ante el robo de la luz de aquello que con tanto esfuerzo vamos aprendiendo. Solo nos queda una pregunta, «¿Qué ha cambiado que quiebra la mirada?». Ahora bien, constatamos que en caso de que existan respuestas estas han de venir del enfrentamiento de las resistencias en uno a la diferencia, o como lo dice Sánchez: «pues la sombra retaba el gesto breve / de acoger el clamor de los extraños»; ya que la lluvia que él prefiere, una vez aceptado el nublado y la fragilidad, es la del encuentro; y, para que este se produzca prefiere dejar las manos vacías bajo la lluvia, antesala de la conexión entre la tierra y el cielo, o como lo escribe en el soneto *Lluvia*: «y los pasos son ya las luces rojas / que permiten el cielo que desagua».

Para el difícil trabajo de encontrarse con uno mismo, no se puede ahorrar el trasiego con los fantasmas que nos sustraen la verdadera identidad: así es en el poema *La Espada (vestir los calendarios)* el precio, quizá impagable, de deshabitar lo que ya no nos sirve y el subsiguiente compromiso del encuentro con el otro que va conmigo. Esto para el poeta es la verdad que no tiene precio; y ello, sin poder ahorrarse, yo tampoco, lector atónito, el enigma de la oscuridad, del viento y las formas percederas de la luz. Como en el siguiente soneto en el que queda constancia de que el duelo que toda vida humana lleva dentro no tiene quien lo atestigüe. Paradojas de la vida y la literatura, ¡él, que en sus amistades ha sido testigo,

callado y generoso y comprensivo de tantos combates internos! Al menos, eso sí, queda la consciencia dolorosa de que la soledad propia está acompañada por un camino, que no es otro que el tiempo *machadiano* de la pugna entre la luz y la sombra, el tiempo de la meditación. Una armadura empieza a resquebrajarse y deja a la vista el cansancio y la herida, y con ellos, la potencia que nace en el alma para poder despertar a *la vida* y dejar de ser un gesto que se repite, unas palabras que se repiten, un pensamiento que se repite, como pasa en el juego de azar de la ruleta.

La rueda es un soneto clave en el libro. La umbría viene sin más porque tiene que estar. El desconocimiento de no saber por qué nos pasa lo que nos pasa. La dialéctica ciega entre la rueda y el anhelo: hay en la vida una mecánica que es ajena a nosotros mas también hay una pasión que orienta y aclara. Aquella, la rueda, el dios *Krono* para los griegos, esta, la pasión el *Aión*, la eternidad y el presente. Este soneto afronta el no saber por qué nos pasa lo que nos pasa y por qué la noche ni se va ni se queda, porque el nublado y el sol, esta polaridad, siempre vuelve, e incluso el amor y el recogimiento no son tampoco suficientes.

La cuarta parte se abre con el título *Ventana* y este mismo título para el primer soneto. Una cita esclarecedora de Rafael Alberti de su poema «Ángel bueno» de su libro *Sobre los ángeles*. Alguien, por sorpresa, se para en la ventana, alguien que dirá: «¡Levántate!». La ventana es ajena al caos y al derrumbe, sin embargo, es una hendidura en lo rígido por donde toda herida puede respirar, por donde toda derrota puede dejar que

entre el aire de fuera. La ventana, en fin, promueve que no haya similitud del *yo* con el *yo* para que pueda venir la vida, su sorpresa y su incertidumbre: «alguien que no esperaba» escribió Alberti; «no esperaba visita la ventana», escribe ahora Sánchez. En esta parte final del poemario, asistimos a la constatación de la imposibilidad de *construcción del yo*, a la imposibilidad de salvación personal, de apropiación del *sí mismo*, o como se quiera nombrar, sin haber cartografiado antes las palabras, las cosas, los objetos, el paisaje con los que se va a estar en relación. Así, la noche continúa, no se quiere ir, el nublado lo tinta todo, las interrogaciones están teñidas de lamento y de inteligencia como esta: «¿Qué hay tan grande que cierre la ventana?». Con todo, hay que firmar el fin de las hostilidades con uno mismo y con el mundo para que venga un día, que, aunque gris también, haga retornar «la ventana más clara».

El cuarto soneto de esta cuarta parte es espléndido. En él se concentran varios aspectos basales de la estructura temalógica de esta obra. Su título es *Crisis*. Observamos en él que es la memoria la que nos permite alumbrar la identidad, una vez que hemos pactado el lugar de los diferentes *yoes* que han sido hegemónicos en etapas concretas y pasadas de la vida. La memoria es la receptora y es quien dispone los límites de la confederación de *yoes* que nos pueblan y quien dispone *el topos* del deseo, su torrencial fuerza, para que tome la iniciativa y la dirección para inscribir el caos en las formas precisas de un soneto. Estos dos cuartetos y estos dos tercetos permiten que nos demos cuenta de que nosotros y nosotras también estamos siendo escritos por nuestros personales espectros. Porque el *yo*

que está siendo escrito se afirma desde su manifiesta *infirmidad* o, visto al contrario, se valida cuando toma nota de lo ilusorio en la mirada del ayer. Por ello, la distancia es el vórtice donde rotan las demás imágenes del yo: la sed, lo roto, la sonrisa, lo callado, etcétera. La distancia ha tenido que ser construida, por tanto deseada, para poder comprender las razones de la crisis y la apertura que trae en su oquedad. Vemos también en el segundo cuarteto como es en la tarde donde ocurre el duelo de fuerzas y contrafuerzas, repliegues y despliegues del alma. Porque como en otro poema dice el autor, hay tardes en que la luz se va para dejar *la otra luz de la inquietud*; o, en fin, la tarde que cierra los ojos sin abrazo alguno.

Francisco Sánchez aplica su mirar melancólico a diversos objetos y fenómenos en los que no hay corte entre el adentro y el afuera, entre la percepción y lo percibido. Es este el caso de la tarde. Como un auténtico *flâneur* en el sentido que le dio Walter Benjamin: un paseante de las tardes a partir de los resortes de la imaginación. La tarde, como marca de la lucha agónica y crepuscular, entre la presencia de la luz y su ausencia, y el frío simbólico, seco y solo, de las exedras. Así, estalla el silencio como un acto de amparo y de bondad de sí. El silencio se extiende encima del *yo* para que pueda hablar la escritura poética. Por eso, los dos tercetos se escriben por debajo del deseo explícito del yo enunciador. A lo errado, a lo que ya no nos sirve, hay que honrarlo y alumbrarlo con la luz de la memoria maltrecha: una pequeña y creadora lámpara de luz en la niebla. Todo con lo que alguna vez luchamos a soledad partida con nosotros mismos, puede transmutar en una luz

honestas que resisten a la impotencia y dignifican el resto. Ese sobrante que nos rigidiza en nuestras autocreencias, ideas, ya debilitadas.

Como lector de *La luz que no nombro*, me he preguntado por la manera en que se ha operado para la edificación de la ventana. Y aquí algo sorprendente: dos caminos ha trazado la escritura poética de Francisco Sánchez para horadar en la sombra rígida con la que parecía tan difícil llegar a un pacto. De un lado, el descubrimiento de que la poesía le iba a deparar una sorpresa y un regalo a través de la memoria. Como lector de Paul Ricoeur, Sánchez conoce la importancia de la narración para ponerse en el camino de la problemática de la identidad personal. El desierto que somos decía Deleuze está lleno de tribus, y es esto lo que acontece en *La luz que no nombro*. Tengo la certeza de que el yo de Francisco Sánchez ha estado, durante y tras la escritura de este poemario, acompañado por la narrativa de todos los fantasmas que configuraban la niebla que el desgaste del tiempo y del espacio va sedimentando en nuestras vidas.

Un nuevo mapa incluye *un nuevo horizonte, una nueva puerta*, un nuevo contrato con la multiplicidad que nos habita, *un abrigo de invierno* reparado, una luz y unos ojos, una lluvia, *una hora estrenada*. Además, en su mochila va la «luz del nublado que yo quiero / y un secreto de azumbres y semblanzas». Aquí, ya adelantada la segunda sorpresa. El presente que trae es la propuesta de la amistad como alternativa y resistencia, pero también como promesa de construcción de lo común. En el último terceto de *Luz de Febrero*, «Busco el abrazo cordial

de un amigo. / Me sobrecoge la hermosa y urgente / fragilidad que compartes conmigo».

Muchos años habían sido dedicados a tomarse en serio el compromiso con los que sufren, con los que desean encontrarse para pensar la vida desde las periferias de lo humano, ahora tocaba mirar las propias contradicciones, visitar la lluvia olvidada, rehacer las preguntas que fueron contestadas con la conciencia de aquel momento, corregir el exceso de luz ficcional, abrir el pecho para, como dice Sánchez, *desescombrar con la luz de la memoria* la esperanza que siempre estuvo ahí, y la sabiduría de que, quizá, todo pudiera consistir en ponerla en su sitio para que obre según su auténtica información, y esta no es otra que la siguiente: no tenemos la respuesta si no salimos/entramos a buscarla y construirla. Que no lo sabemos, y la asunción de esto es lo que nos pone «un brillo en los ojos» para seguir más completos en la comprensión de mi mundo y siempre a favor de más vida. Lo escribió nuestro amigo común, el poeta Fernando Jaén, aunque con su permiso, y para esta ocasión, yo cambio el *ti* final de su verso: «Reparar, desde entonces hasta ahora, es pensar en *mí*».

Por último, quiero subrayar que, como en toda escritura, también como en toda vida, hay una ausencia que es la que posibilita la convocatoria del deseo. Como yo lo entiendo, en este libro de sonetos la ausencia es la luz que no se nombra, (me gusta jugar con *la luz que no se nombra*), ya que si se nombrara no habría surgido la diferencia ni el deseo de contarse, desencontrándose. ¿Qué desea esta escritura poética? Seguramente no perderse en el caos de un presentismo social que a toda prisa tacha lo

que no puede capturar para su beneficio y su lógica irracional. Quizá, también, dar testimonio de su tiempo, de unos sueños comunes, de los muros que aparecieron, de lo que fue derribado, en fin, y sobre todo de lo que resta por hacer y por vivir. Soy de los lectores que parten de que las lecturas de un texto son múltiples y nunca se terminan. Ahora que voy dando fin a este prólogo, me atrevo a dejar algunas preguntas que considero que podrían avenirse bien con mi propósito de entrar en los pliegues de la memoria de un amigo y de un compañero de sueños y de infortunios. Qué luz se nombra en las sombras. Qué se nombra en la luz que no es ni sombra ni luz. Qué luz no se nombra en la luz. Qué luz quedó en la memoria de los otros. Cuatro temas dije más arriba tiene este poemario. Temas que a su vez tienen conexión con estas otras cuatro preguntas. Y es que la literatura, la escritura, la poesía en este caso, explicaba Juan Carlos Rodríguez, es una forma de construir, de buscar nuestro propio yo, y este libro de sonetos lo es, pues en él, en la luz que no se nombra, radica el vacío que posibilita y sostiene el pequeño sentido de las cosas del mundo del yo poético que ahí ha mostrado sus pliegues, con su lisura y su rugosidad.

Para terminar, quiero agradecer a Paco Sánchez que me haga este regalo con su pensamiento poético, —que es solo el inicio de otros que vendrán—, así como también deseo que lo sea para ti lector, que ahora te acercas a leer este peregrinaje por las sombras tatuadas al cuerpo, por la extrañeza, tantas veces, de la vida, por el amor que se nos olvida darnos. Y si todo esto fuera verdad, también te aproximas, simultáneamente,

al abrigo nuevo que podemos hacernos con nuestros materiales viejos. Un abrigo que nos deja un brillo en la mirada que estrenamos cuando nos elevamos sencillos en la amistad buena, y es como *un calor que transforma la mente* y el corazón.

ANTONIO J. CABALLERO

Nota del autor

*Porque la poesía es, para quien la escribe,
aprender a escribirse a sí mismo.*

Y para quien la lee, aprender a leerse.

JOAN MARGARIT

Querido lector, querida lectora: tienes en tus manos el fruto de un ejercicio que para mí ha devenido en necesario. Supone una elaboración de intuiciones, incertidumbres, sentimientos... que me han habitado en distintos momentos y situaciones vitales a lo largo de estos últimos años. Han sido escritos originalmente para mí. El hecho de decirse uno a sí mismo esconde una suerte de remedio reconfortante y sanador. Ha sido maravilloso este encuentro con otra forma de expresar lo difícil, lo otro de la existencia. Así han nacido estos sonetos. Finalmente, por las cosas de la vida, aquí los tienes publicados. Ahora son tuyos. Mi deseo: no me busques a mí en ellos, más bien indágate a la luz de su lectura. Ojalá los leas y te sirvan de algún modo como a mí me ha servido escribirlos. Mi agradecimiento profundo por ello.

La luz que no nombro

*Descamisado, enfermo, peregrino
en tenebrosa noche, con pie incierto
la confusión pisando del desierto,
voces en vano dio, pasos sin tino.*

LUIS DE GÓNGORA

*Esta luz, este fuego que devora.
Este paisaje gris que me rodea.
Este dolor por una sola idea.
Esta angustia de cielo, mundo y hora.*

FEDERICO GARCÍA LORCA

*Vengo de no saber de dónde vengo
para decir amor, sencillamente.
Para pensar amor, sobre la frente
sostengo qué se yo lo que sostengo.*

RAFAEL GUILLÉN

SOMBRA

*Nadie debería ser obligado
a caminar a solas con su sombra.*

BASILIO SÁNCHEZ

*Anohecía en nuestro pecho
y no nos dimos cuenta.*

SANTIAGO MOLINA MARTÍN

Tiempo cobarde

Una mirada me enturbia la frente,
una sentencia me acecha desnuda,
un desolado paisaje, una duda,
una sospecha se arrastra inconsciente.

Llega la niebla que invade la mente,
hay horizontes que piden que acuda,
topan de bruces con mi alma tozuda,
vuelan y rozan el suelo inocente.

Qué desdichada la rama que arde,
cómo reduce su ser en la alfombra,
qué sobresalto, qué lenta la tarde,

cómo destroza la luz esta sombra,
qué desvalido este tiempo cobarde,
cómo escapar del dolor que me nombra.

Efímero

Desperté en esta noche enamorada
con la gris sencillez del aguacero
que limpiaba mi rojo pasajero
y mi efímero ardor, sombra encarnada.

La secreta lesión duerme enquistada.
Se descubre la lluvia en mi sendero.
Colma el pozo escondido por entero
un amargo sabor a luz errada.

Cuando intento un abrazo clandestino,
sobresale un color, a veces verde,
y reparo otra vez en el camino

que se aferra tenaz mientras se pierde
al reloj incansable y asesino,
y en la vida, que corre mientras muere.

Inercia

*Todo parece un sueño repetido,
en tonos grises.*

ANTONIO JIMÉNEZ MILLÁN

Vida de grises, mañana de niebla,
tarde que pasa sin pena ni gloria,
noche que olvida amarrarse a su historia,
alba que tiembla en su propia tiniebla.

Casa vendida que ya no se amuebla,
techo lejano de luz ilusoria,
mesa inestable en su rota memoria
como la villa que fue y se despuebla.

Llega el otoño, se cae la hojarasca,
rompe el invierno que viene y no avisa,
frío, tormenta que hiela y atasca,

viento desnudo que anuncia la brisa,
lluvia que limpia y vacía la borrasca,
sombra de ayer que se marcha sin prisa.